

# APOCALÍPTICOS, INTEGRADOS Y DESENGAÑADOS. LA GESTACIÓN DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

## DOOM PROPHETS, LOYALISTS AND DISAPPOINTED PEOPLE. THE GESTATION OF THE WAR OF INDEPENDENCE

Ricardo García Cárcel

Universidad Autónoma de Barcelona  
Bellaterra (Barcelona)

ricardo.garcia@uaWb.es

*RESUMEN: La gestación de la guerra de la Independencia hay que hacerla arrancar de 1789. Mi objetivo es analizar las distintas corrientes del pensamiento político español a finales del siglo XVIII y comienzos del XIX. Los ilustrados carloterceristas se encontraron de frente ante un dilema que se había ido gestando a lo largo de la segunda mitad del siglo XVIII: ¿nación española o revolución? ¿Era compatible la apuesta por el progreso, por la modernidad del Nuevo Régimen que se abría en Europa, con la fidelidad a unas esencias nacionales que se identificaban con la monarquía del Antiguo Régimen? La alternativa de la elección entre una de las dos opciones creó infinidad de desgarros. Los apocalípticos, reaccionarios y visionarios, fatalistas unos, ilusos otros, creyeron que todo se quebraba en 1789. Unos se dejaron llevar por el pánico al “horror vacui” y se entregaron al integrismo más reaccionario, como Diego de Cádiz. Los otros se lanzaron a la aventura de irse a la Tierra Prometida de Francia en busca de la revolución naciente, como José Marchena. Los integrados fueron los que, en aquel momento de cambios alocados, optaron por la seguridad del poder cercano. Apostarían por Godoy como el hombre sin miedo, el hombre del cambio necesario y posible. Es lo que hizo Nicolás Fernández de Moratín. De estos integrados en el poder los hubo que pronto se dieron cuenta de que Godoy era un bluff y se desengancharon precozmente, con Jovellanos a la cabeza. Otros tardarían más. Se desengañarían sobre todo después de la derrota de Trafalgar, a caballo de la depresión subsiguiente.*

*Luego llegó 1808 y se convirtió en la puesta a prueba de los perfiles ideológicos y de las estrategias políticas de los hombres de esta generación. Los apocalípticos se diluyeron en el patriotismo emergente de 1808. Los reaccionarios encontrarían en la guerra el escenario ideal para la amortización de sus efusiones sentimentales, la oportunidad para la restauración de los valores de su España imaginada. Los visionarios acabarían integrándose fácilmente en la España del poder afrancesado junto a los integrados godoyistas. Entre la alternativa nación-revolución, los primeros apostaron rotundamente por la nación, mientras los segundos sacrificaron la nación en el altar de la revolución soñada.*

*ABSTRACT: The beginning of the gestation of the war of Independence must be found in 1789. My objective is to analyse the different streams within the Spanish political thought existing at the end of the 18<sup>th</sup> and beginning of the 19<sup>th</sup> centuries. The so-called Carlos III's illustrated followers faced a dilemma which had been incubated throughout the second half of the 18<sup>th</sup> century: Spanish nation or revolution? Was the betting for progress, for the modernity of the New Regime that spread through Europe, a compatible option with the loyalty to such national essences that were identified with the monarchy of the Old Regime? The alternative to the election between each option opened severe rips. The doom prophets, reactionaries and visionaries, fatalist the first ones, dreamers the others, believed that everything was coming to an end in 1789. Some of them let themselves be guided by the panic to the "horror vacui" and devoted themselves to a most reactionary fundamentalism, like Diego de Cadiz did. Others, like Jose Marchena, chose the adventure of travelling to the Promised Land of France in search of the rising revolution. The loyalists were the ones who, in a moment of crazy changes, opted by the security of the near power. They would choose Godoy as the fearless man, the man of the necessary and possible change. This is what Nicolas Fernandez de Moratin did. Among those loyal to the system, some of them very soon noticed that Godoy was a bluff and quickly rejected such power, headed by Jovellanos. For some others the process took longer. And their disappointment would finally appear after the Trafalgar defeat, due to the subsequent national depression.*

*Then 1808 arrived and it became the test for the different ideological profiles and political strategies of the men belonging to this generation. The doom prophets faded away within the rising patriotism of 1808. The reactionaries would find in the war the ideal scenario for the redemption of their sentimental effusions and the opportunity for the restoration of the values of their idealized Spain. The visionaries would easily end up becoming part of the Spain of the Francisized power together with the integrated Godoy followers. Facing the alternative nation-revolution, the first clearly betted for the nation, whereas the second ones sacrificed the nation upon the ceremony table of the dreamed revolution.*

**ACTAS DEL CONGRESO INTERNACIONAL GUERRA DE LA  
INDEPENDENCIA EN EXTREMADURA, II CENTENARIO (1808-2008)**

**IX JORNADAS DE HISTORIA EN LLERENA**

Llerena, Sociedad Extremeña de Historia-Centro de Estudios del Estado de Feria, 2008

Pgs. 11 - 25

ISBN: 978-84-613-2158-2



La coyuntura de 1808 es especialmente apasionante por la multiplicidad de representaciones que nos dejaron sus protagonistas, con la lógica pluralidad de espejos a través de los cuales hemos mirado esta época. La palabra «representación» adquiere gran fuerza en este momento. Cada hecho es visto de manera distinta por cada uno de sus protagonistas o testigos. Y casi todos nos dejaron sus correspondientes testimonios, que ellos mismos llaman representaciones. Ello nos abre un abanico apasionante de lecturas de la realidad. Nunca el género autobiográfico o memorialístico ha sido tan boyante como en esta coyuntura, porque nunca ha habido tal preocupación por la imagen propia: parecer ser antes que ser, el imperativo de lo público sobre lo privado. La dependencia de la opinión de los demás exige la correspondiente explicación o aclaración de la conducta propia.

Todos parecen competir en el monopolio de la razón moral. Todos quieren justificarse, explicar por qué optaron por lo que optaron en cada una de las encrucijadas que vivieron. Fernando Durán ha registrado nada menos que 114 autobiografías escritas para contar las experiencias vividas en la guerra, y no están todas las que son. Las divide en memorias justificativas y testimoniales, las primeras escritas para justificarse por unas determinadas decisiones o por toda una trayectoria vivida; las segundas, para dejar testimonio histórico de la experiencia vivida o sufrida. A mi juicio, todas las memorias tienen un componente justificativo más o menos explícito. Los escritos de descargo o de promoción se confunden con los que presuntamente quieren ejercer de albaceas testamentarios del pasado para ofrecer su imagen del mismo como legado ante la historia. El rey, la opinión pública y la historia como destinatarios van demasiado unidos. Ciertamente existe la diferencia lógica entre los escritos en caliente, en plena eferescencia de los hechos que se narran, y los cocinados en frío, larvada la reflexión mucho tiempo (de un Cevallos o Escóiquiz a un Godoy, por ejemplo), pero la capacidad de reflexión no exime de la pasión ni el tiempo corto invalida la serenidad interpretativa.

Las memorias de la coyuntura de 1808 están lastradas porque todas están escritas con voluntad proyectista, de construcción de un futuro imprevisible. Entre los extremos ideológicos, entre la alternativa bipolar conservadores-liberales, hubo una enorme variedad de posiciones con abundantes liberales moderados y conservadores discretos. Así pues, el legado constitucional de las Cortes de Cádiz fue la obra conjunta de españoles muy diferentes entre sí, de historias personales muy dispares, que discreparon mucho pero coincidieron en la asunción de una necesidad histórica. Eso explica las contradicciones internas de la propia Constitución de 1812 y las tensiones entre los fundamentalistas y los posibilistas en aquella situación. El triunfo fue como, casi siempre, de los posibilistas. En las Cortes se jugó con la opción de la ruptura, pero se acabó imponiendo el criterio de la reforma muy moderada. Al final, la memoria histórica nacional previa contó tanto como el modelo de la Revolución Francesa, puesto que el propósito permanente fue hacer una revolución a la española, conjugando la identidad del país con las expectativas de homologación a Europa.

La modernidad del momento era, como dice el sociólogo Bauman, líquida, imprevisible, construida con mucha artesanía, mezclando a Rousseau con las *Partidas*. Lo único realmente nuevo era la sensación del fin de la inocencia que dejó tras de sí tanta proclamación idealista de buenas intenciones. Ya nada podía ser igual. Todos se habían tenido que comprometer a su manera, incluso los indefinidos o perplejos. Nadie era ya inocente y por eso proliferaron tanto las llamadas representaciones, los exámenes de conciencia individuales. A nuestro juicio, al lado de la variable ideológica, tienen una fuerza extraordinaria como factores aglutinantes, configuradores de los alineamientos políticos, la atracción del poder y la imagen pública.

La mecánica de vinculación con el poder en cada coyuntura será decisiva. Y, desde luego, la capacidad de incidencia en la opinión pública, el constante estímulo. En esta dialéctica con el poder y la opinión pública, la fractura, más que ideológica, será estratégica. Como diría Umberto Eco, la gran división radicó entre los apocalípticos y los integrados. Los primeros fueron los siempre propensos al rasgamiento de vestiduras, a la escenificación dramática, a la explotación de las razones morales y estéticas. Los hubo reaccionarios, caracterizados por el miedo constante al cambio, al desequilibrio, abrazados al pasado como tabla de salvación. Los hubo también visionarios, con la ansiedad por lo nuevo considerado como intrínsecamente bueno. Por su parte, los integrados fueron los siempre proclives a mecerse en las cercanías del poder, fuera cual fuera, los felizmente adaptados, que metabolizaron sabiamente los cambios del tiempo histórico sin grandes sonrojos ni pudores excesivos. Entre unos y otros florecieron los desengañados más precoces o más tardíos, más o menos amargados, unos deslizados hacia la integración desde la vía revolucionaria, otros deslizados hacia el desencanto desde la integración. La generación de 1808 recorrió masivamente el Guadiana del desengaño, cuyo término había ya institucionalizado Pablo de Olavide con su obra *El Evangelio en triunfo o historia de un filósofo desengañado*, un auténtico *best-seller* editado por vez primera en 1797 (en 1808 iba por la octava edición).

Lo que pretendo, en esta ponencia, es proponer una alternativa a la clásica división de la intelectualidad española de la transición del Antiguo al Nuevo Régimen en tres sectores en función de la ideología de sus representantes: los conservadores, los innovadores y los renovadores. La situación es más compleja. El referente más que ideológico será estratégico: la vinculación con el poder. Un poder que en este momento parecía estar divorciado de las Luces y había perdido sus metas culturales. Y unos intelectuales que no se imaginaban una sociedad sin padre protector. Los comportamientos de estos intelectuales serán muy individualistas y desde luego con muy escasa coherencia y dando muchos palos de ciego. Los años ochenta del siglo XVIII serán pródigos en realineamientos y reajustes posicionales, sin proyecto alguno definido. Hay unos pocos conservadores, hay otros pocos radicales del cambio, y abundan los que no saben, no contestan. ¿Renovadores? No, insatisfechos, desconcertados, desorientados, a la busca de la sombra del poder que ya no da sombra. Lo único que les une es el desconcierto con respecto a los tiempos que vivían. Lo reflejaba maravillosamente Moratín en su carta a Forner: «Créeme, Juan, la edad en que vivimos nos es muy poco favorable; si vamos con la corriente y hablamos el lenguaje de los crédulos, nos burlan los extranjeros, y aun dentro de casa hallaremos quien nos tenga por tontos; y si tratamos de disuadir error funesto y enseñar al que no sabe, la santa y general Inquisición nos aplicará los remedios que acostumbra».

Floridablanca se había convertido en cabeza de turco. El valenciano Luis de Arroyal, en 1788, decía con todo descaro que «el conde de Floridablanca entendía tanto de economía política como de cazar ratones». El vasco Ibáñez de la Rentería escribió también duras palabras contra Floridablanca en *El raposo*. Pero la inmensa mayoría de intelectuales no se atrevió a cuestionar el sistema a fondo. Ni siquiera los más progresistas. Los elogios a Carlos III con motivo de su muerte en 1788 por parte de Jovellanos son todo un monumento a la discreción políticamente correcta. Incluso un tipo tan acre como Arroyal no se anduvo corto a la hora de las flores a Carlos III: «Yo bien sé que el poder omnímodo en un monarca expone la monarquía a los males más terribles, pero también conozco que los males envejecidos de la nuestra sólo pueden ser curados por el poder omnímodo».

Los extremos sí se mueven. Los viejos tradicionalistas, hacia un pensamiento cada vez más reaccionario, cada vez más nervioso. La inquina a lo que huele a «fi-

losofía» es notable. Se traducen las obras de los antifilósofos entre 1770 y 1777. Si España se miraba en el espejo ilustrado europeo ¿por qué no se podía mirar en el espejo reaccionario de la propia Europa?

El fraile sevillano Fernando Cevallos y Mier será el primero en lanzarse de frente contra todo lo presuntamente moderno en su libro *La falsa filosofía* (1774-1776). Después escribirá *Demencia de este siglo ilustrado* (1776) y *Juicio de Voltaire*, que no llegó a imprimirse. El fantasma de la libertad se va haciendo agobiante a los más pesimistas, a los catastrofistas, a los apocalípticos de derechas. El canónigo Pedro de Castro, el abate Cándido María Trigueros, el franciscano José Marín, o el arzobispo de Santiago, Francisco Alejandro Bocanegra, sirven de avanzadilla al desmadre reaccionario que provocará la Revolución Francesa. Los desgarros del presbítero mallorquín Vilá y Camps, el arcediano de Segovia, Clemente Peñalosa, y naturalmente el más beligerante de todos, el capuchino Diego José de Cádiz, con sus enardecidas obras *Idea de un caballero cristiano* (1794) y *El soldado en católica guerra de religión* (1799), se acomodaban al argumento de que la Revolución les daba la razón en todas sus fatalistas predicciones.

El pánico de Floridablanca de que habló Herr me temo que era anterior a 1789. Lo que hizo 1789 fue contagiar ese viejo miedo a la revolución a mucha gente y, desde luego, saltar del imaginario a la realidad. El cordón sanitario no fue demasiado eficaz, pero el miedo fue demasiado libre. El carmelita Manuel Traggia, que estuvo en Francia en 1788, se encargó de difundir el miedo a las ideas revolucionarias en *Reflexiones sobre los excesos, sedición y libertad filosófica de los franceses* (1793). Asume su dimensión de «escritor público», como él mismo se autodenomina, y la cruzada se desata. La obsesión contrarrevolucionaria impregna a muchos. El mismo Forner se radicaliza en sus últimos años. En 1794 escribía *Amor de la patria*, donde hace una condena de la democracia, de los cálculos egoístas y cínicos, un alegato en favor de la realeza y de las «implacables virtudes antiguas». Su polémica con el censor, su ofendido ego, le impulsan cada vez más a la derecha, a la derecha incluso de Floridablanca. Capmany, el desengañado ilustrado liberal, también da un giro en la misma dirección. Ibáñez de la Rentería fue otro de los que se impresionaron por la Revolución y creyeron que el mundo temblaba bajo sus pies. Catalanes y vascos fueron los más sensibles a la incidencia de la Revolución Francesa. Su condición de ciudadanos de tierras fronterizas y las vivencias de la Guerra de la Convención hicieron estragos. Se pusieron a prueba identidades nacionales, pero sobre todo la tentación revolucionaria fue muy fuerte. El clero contribuyó decisivamente a ganar la guerra para España a costa de atar religión, rey y patria. El pensamiento reaccionario salió legitimado más que nunca por la Guerra de la Convención, y desde luego los ilustrados vascos y catalanes, ante la presencia del ejército revolucionario francés, iniciaron un proceso de contricción que se radicalizaría en 1808. La experiencia revolucionaria alteró los currícula ideológicos traumáticamente. El más espectacular fue el caso de Pablo de Olavide, santo y seña del progresismo ilustrado, viejo amigo de Voltaire, que había sido procesado por la Inquisición en 1776, y que había escapado del convento donde estaba recluido en 1780, emigrando a Francia. Allí había chocado con los robespierrrianos y escribió *El Evangelio en triunfo. Historia de un filósofo desengañado* (1797), que apareció inicialmente como obra anónima en Valencia (regresó en 1798 tras el perdón regio). La obra fue puesta en el Índice para después tener un éxito editorial portentoso. Era un ejercicio autocrítico que acercaba a Olavide al integrismo. El desengaño ante la Revolución ponía en cuestión la Ilustración. El desengaño, como veremos, será una de las variables decisivas en la historia del pensamiento español.

Pero no todo fue desengaño. También la Revolución fue un estímulo para los idealistas radicales. Luis de Arroyal, nutrido ideológicamente en la progresista

Universidad de Salamanca, yerno de Andrés Piquer y funcionario en un pueblo de Cuenca, dio el salto a Madrid para desde allí terminar sus *Cartas políticas económicas* (no se publicarán hasta 1841) y el célebre folleto *Pan y toros*, que aunque circuló manuscrito no se editaría hasta 1812: «En el estilo o método seguiré el de la Constitución francesa del año ochenta y nueve, pues, aunque sea obra de nuestros enemigos, no podemos negar que es el más acomodado, y no negaré tampoco valerme de lo bueno que encontremos en ella, puesto que la razón no conoce partidos ni rivalidades doquiera encuentra la justicia y la verdad la adopta por suya y la recibe como cosa propia».

Aun con las prevenciones de Arroyal, la fascinación por la Revolución Francesa impregna a algunos intelectuales. Floridablanca trató a estos admiradores de Francia como si realmente ellos fueran el enemigo a batir. La tertulia de la condesa de Montijo, con personajes como Meléndez Valdés, Jovellanos o Joaquín Lorenzo Villanueva, fue obligada a disolverse y enmudecer momentáneamente. La España oficial de Floridablanca se identificó con el pensamiento reaccionario y al radicalismo ilustrado no le quedó más remedio que la contención o la fuga. Muchos de estos ilustrados se fueron a Francia cual tierra prometida a la busca del modelo inspirado en los sueños revolucionarios. No les fue demasiado bien. Muchos de ellos, apocalípticos visionarios, acabaron como aventureros desnortados, ciudadanos sin patria, extravagantes sin remedio.

Entre ellos destacan Andrés María de Guzmán (Díaz Playa lo llamó Guzmán el Malo), un pícaro singular que fascinó, por cierto, a Pío Baroja; Miguel Rubín de Celis, un asturiano de Llanes, soldado y propietario de minas en Perú, comerciante, contratista de azogue, enfrentado a Floridablanca, que abjuró de la religión católica, se hizo revolucionario por imperativo de la coyuntura y murió en la miseria en 1799; José de Hevia, un madrileño diplomático que trabajó en la embajada de París con Fernán Núñez, y acabó también pobre y arruinado, muriendo en 1816; Vicente María Santibáñez, madrileño, el más culto del grupo, miembro de la Sociedad Vascongada de Amigos del País, catedrático en Valencia, académico de Buenas Letras en Barcelona, quien procesado por la Inquisición en 1785 emigró a Francia en 1792, donde se nacionalizó francés en 1793. Apresado en las cárceles revolucionarias, se suicidó en 1794; Juan Antonio Carrese, vasco, procesado por el Santo Oficio, emigró en 1793, luchó en la Guerra de la Independencia en el ejército francés, y fue luego exiliado y conspirador contra Fernando VII, para morir en 1830... Personajes todos ellos de vidas apasionantes, desgarradas, obsesionados por la felicidad pública, por la educación, por el rechazo a la religión católica, por la libertad, por los grandes principios ideológicos elevados a los altares por la Revolución Francesa. Como decía Rubín de Celis: «Quien propone este proyecto ama cordialmente, desde la edad de quince años, a los hombres, la justicia, la libertad y la igualdad, y odia y detesta a los tiranos y los bribones a los que combatirá siempre y en todo lugar con una mano en la pluma y la otra en la espada». Una mezcla de revolucionarios a la francesa y de héroes épicos a la española. El de vida más delirante y al que a la postre le fue mejor fue José Marchena.

El sevillano José Marchena Ruiz de Cueto era hijo único de un abogado y rico propietario sevillano, fiscal del Consejo de Castilla. Muy piadoso de niño, en la Universidad de Salamanca trabó amistad con catedráticos y amigos liberales como Juan Meléndez Valdés, Ramón de Salas o Diego Muñoz Torrero, futuro diputado liberal de las Cortes de Cádiz. Leyó a los filósofos ilustrados y escribió en 1787 un pequeño ensayo filosófico titulado *El observador*, un ingenioso esbozo de utopía social y religiosa. La obra sería prohibida por la Inquisición y en 1792 Marchena se exiliaría a Francia pidiendo una pensión a Aranda. Marchó a Bayona, desde donde escribió centenares de proclamas revolucionarias en francés y en español. El líder

girondino Brissot se lo llevó a París junto a Juan Antonio Carrese y José Hevia. El triunfo jacobino lo llevó a la cárcel en 1793. Con fama de contradictorio y excéntrico, leía la *Guía de Pecadores* de Luis de Granada en la cárcel. Su formación religiosa marcó su propio discurso contra el yugo de la opresión de pensamiento. Los conceptos de igualdad, humanidad y tolerancia son sublimados en su texto *Avisos a la nación española*. La caída de Robespierre en 1794 le situó en un apartamento en París próximo a las Tullerías. Pronto se enfrentó al Directorio desde sus principios que lo vinculaban al modelo constitucional estadounidense: federalismo, parlamento bicameral, nítida división de poderes, plenas garantías de derechos de los ciudadanos y sufragio censitario. Su giro conservador era patente, y ello le llevó a la defensa de los emigrados monárquicos. Los enemigos se le multiplicaron. Su proverbial falta de aseo personal le convirtió en personaje pintoresco y exótico. Medía metro y medio y era feo de solemnidad. Tras una breve estancia en Suiza, volvió a París en 1797. Tenía veintisiete años. Buscó el apoyo del embajador Azara sin conseguirlo. Publicó una revista de pensamiento, *Le Spectateur Française*, con artículos que sólo escribía él. En diciembre de 1798 fue expulsado de Francia. El 18 Brumario fue favorable inicialmente a sus intereses. Fue nombrado empleado del Estado Mayor del general Moreau en Alemania y Suiza. Aficionado a la estadística y la matemática, se permitió el lujo de escribir una obra llamada *Fragmentum Petronii*, supuesto pasaje perdido del *Satiricón* de Petronio, cargado de claves eróticas, que la comunidad académica creyó que era auténtico. También tradujo poesías del bardo escocés Ossian inventadas por MacPherson en el siglo XVIII. Se interesó por la literatura hindú y escribió un ensayo sobre el País Vasco en el que defendía la tradición foral vasca... Acompañó a Murat como miembro del aparato propagandístico del ejército francés josefino, con alta responsabilidad en el Ministerio del Interior. Secretario de Murat, director de *La Gaceta* de Madrid, se exilió a Francia en 1814, dedicándose a la traducción de Rousseau, Moliere y Voltaire. Volvió a España en 1820 y murió feliz un año después creyendo haber cumplido sus sueños. Pionero del afrancesamiento, Marchena fue avanzadilla también de una generación de raros y curiosos, difícilmente adaptable a las flexibilidades y acomodaciones de todas las transiciones.

Pero entre los reaccionarios, tipo Diego José de Cádiz, o los radicales tipo Marchena, había una importante cantidad de post-ilustrados que se quedaron en España a verlas venir y que creyeron tener en Godoy a su profeta. Frente a los apocalípticos de uno u otro signo, ellos, por decirlo con palabras de Umberto Eco, son los integrados del sistema, los herederos del Despotismo Ilustrado, dispuestos a amortizar aquel legado hasta el final. Su apuesta por Godoy estuvo en directa correlación con la escalada política de éste. Unos se decepcionaron pronto, entre 1798 y 1800; otros no lo hicieron hasta 1808.

Godoy hasta 1798 representó para muchos intelectuales españoles la Ilustración necesaria y posible, el sueño de la revolución desde arriba pendiente desde Carlos III. Godoyistas incondicionales fueron el gran literato Leandro Fernández de Moratín, Juan Antonio Melón, el clérigo Pedro Estala, los hermanos Llaguno, el citado Juan Pablo Forner y el célebre canónigo Juan Antonio Llorente. Todos disfrutaron de prebendas. Forner, increíble productor de halagos a Godoy, en 1796 fue nombrado nada menos que fiscal del Consejo de Castilla, el mismo cargo que ocupó Campomanes durante más de veinte años. El problema para Forner es que se murió un año después. A Llaguno, Godoy lo tuvo siempre en el gobierno; a Moratín lo colocó en la Secretaría de Interpretación de Lenguas. Todos ellos estuvieron con Godoy mientras éste se mantuvo en el poder. Arrastraron siempre el estigma de la contaminación política y acabaron haciéndose afrancesados en 1808 porque su principal referencia política fue siempre el poder establecido. Moratín es el arquetipo. Un hombre tímido, picado de viruela, reservado, culto, que había vivido

en París en 1792 durante los momentos más turbulentos de la revolución, cargados de inhibiciones y miedos, necesitó siempre la protección del poder. Trabajó de oficial en una joyería, y su padre, Nicolás, murió cuando él tenía veinte años. Ideológicamente fue más liberal que muchos de los liberales, pero siempre fue un neoclásico, un antiguo, en un momento en que sólo primaba el valor de la modernidad. Por lo demás fue el intelectual oficialista al que asustaba el futuro. Tuvo el mérito de la coherencia moral. Tras el Motín de Aranjuez escribió: «Yo no soy amigo de Godoy, ni su consejero, ni criado. Pero todo lo que soy se lo debo a él, y aunque la filosofía de recibir favores sin mostrarse agradecido por ellos está muy en boga hoy, me tengo en demasiada estima para abonarme a esa infamia». Editó el periódico afrancesado *El Imparcial*. Fue bibliotecario jefe de la Biblioteca Real en 1811. Se refugió en Peñíscola y en Valencia al final de la guerra. En 1814 se le permitió vivir en Barcelona, donde presentó su versión de *El médico a Palos*. Acabó yéndose a Francia en 1817, volvió a Barcelona en 1820, pero se volvió a ir definitivamente a Francia en 1822. Vivió en Burdeos en casa de su amigo Manuel Silvela. Murió en 1828 en París. Moratín fue el integrado discreto.

Juan Antonio Llorente representa otro perfil de integrado, el del escalador eterno. Llorente había nacido en Calahorra en 1756. Huérfano precoz, de pobres recursos, fue bachiller en leyes en Zaragoza, sacerdote, abogado, aspirante frustrado a canónigo y a fiscal del obispado de Calahorra antes de recalar en el Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición de Logroño como comisario en 1785 tras haber sido letrista de zarzuelas. En 1788 fue nombrado secretario de la Inquisición de Corte. Canónigo de Calahorra en 1790, aspiró también frustradamente al arcedianato de Tortosa. Se convirtió en el historiador oficial de Godoy, que lo utilizó para intentar demostrar la inexistencia de razones históricas que justificaran las exenciones fiscales de los vascos. Su vida fue la del ambicioso eterno aspirante a todo, para lo que no cesó de hacer méritos. Tras la caída de Godoy en 1798 fue desterrado un mes a San Antonio de Cabrera, al norte de Madrid, pero volvió a la corte en 1805. Sería nombrado canónigo de Toledo y la irrupción francesa no hizo sino promocionar sus propias ambiciones. Pasó de Godoy a José I sin transición alguna. Fue miembro de la Asamblea de Bayona, pero, a su pesar, no fue nombrado ministro inicialmente por José I. Fue designado consejero de Estado de José I seis días antes de que, por la batalla de Bailén, tuviera que emigrar el francés a Vitoria. Durante la guerra fue el afrancesado más premiado: director general de Bienes Nacionales, comisario general apostólico de la Santa Cruzada, académico de la Real Academia de la Historia y de la Lengua. Aparte de sus dos clásicas obras sobre la Inquisición escritas en 1810 y 1811-1812 (*Memoria histórica* y *Anales de la Inquisición*), en las que más que la desaparición de la Inquisición postulaba su reforma, escribió obras justificativas de la política de José I (*Disertación sobre el poder*, *Observaciones sobre las dinastías de España*, *Discurso sobre la opinión nacional de España acerca de la guerra con Francia*). Siguió las peripecias de la corte de José I hasta su salida a Francia en 1813 y no regresaría a España hasta 1823. En la última etapa de su vida extremó su radicalismo antipontificio. Su última obra, *El retrato político de los papas*, le costó la separación definitiva de la Iglesia. Uno de los intelectuales malditos de la historia de España, pero su presunto radicalismo, que tantos rasgamientos de vestiduras ha generado, fue impostado y más producto de la coyuntura histórica que de su propia ideología.

Pero el encantamiento duró poco. Los intelectuales decepcionados con Godoy empezaron a emerger a fines de siglo. Los ilustrados carloterceristas arrastraron siempre el síndrome de la nostalgia de la España irreplicable, de la ocasión perdida con aquel rey. Tocquevillianos antes de Tocqueville, siempre estuvieron convencidos de que las Luces habían muerto con la Revolución. Algunos entretuvieron sus frustraciones con la intriga política, como Azara o Cabarrús. Otros simplemente se

situaron al margen de la política directa, sólo sabiendo decir: «No es eso, no es eso», mucho antes que Ortega. Me estoy refiriendo a Jovellanos. Azara fue un buen servidor del Estado desde sus embajadas en Roma y París. Tuvo que conjugar sus principios con Godoy, que tenía muy pocos. Se murió muy cansado de la experiencia. Cabarrús era un ilustrado con ideas y sin patria. Creyó encontrar en España un territorio de experimentación. Compitió con Godoy en picaresca y como era lógico salió perdiendo.

Francés de Bayona, casado con una vasca, había creado el Banco de San Carlos, en 1782, y la Compañía de Comercio de Filipinas, y pronunció la necrológica de Carlos III en la Sociedad Económica de Amigos del País. Fue godoyista porque Godoy lo sacó de la prisión donde estaba acusado de fraude y corruptelas. Su hija Teresa fue una de las grandes damas de la Francia revolucionaria, salvando a muchos del terror de Robespierre. Godoy lo vinculó al gobierno en 1795 y le nombró embajador extraordinario en las conversaciones de paz entre Francia e Inglaterra. Fue un tipo ambicioso, utilizado por Godoy como aval intelectual para resolver el caos financiero. Él se dejó querer, pero sin entusiasmo alguno por su papel. Amigo íntimo de Jovellanos, con ideas similares a éste, optó por la vía del cinismo intrigando contra Godoy y propiciando su caída en 1798.

Jovellanos fue el mejor ejemplo de ilustrado hamletiano. Más intelectual que político, mostró siempre dudas y escrúpulos, como una especie de erasmista de última generación. Estuvo diez años en Sevilla a la sombra de Olavide, y llevó una gran carrera jurídico-administrativa con todos los reconocimientos (Academia de la Historia, Academia de San Fernando, Sociedad Económica de Amigos del País de Oviedo). Voz persuasiva, sobrio, suave, discreto, honesto, fue pronto víctima, en 1792, de intrigantes como Lerena, un hombre de Floridablanca, un corrupto de escándalo que lo semidesterró a Gijón. Godoy lo liberaría e intentó contratarlo con algún cargo considerado como insatisfactorio por Jovellanos. Finalmente fue nombrado ministro de Gracia y Justicia en 1798. Estuvo sólo ocho meses en el gobierno, pues nunca se encontró a gusto. Sus escrúpulos morales vieron bien los excesos de Godoy, que le parecía un déspota oriental y un advenedizo. Además, el bonapartismo del valido le sacaba de quicio. No tardó en ser de nuevo víctima del secretario de Estado José Antonio Caballero, la cara reaccionaria de Godoy. En su informe, éste calificaba a Jovellanos como «uno de los corifeos o cabezas de partido de esos que se llaman novatores», y lo condenaba como «individuo odioso a la sociedad y abominable a todos, si se exceptúan aquellos a quienes ha arrastrado su sistema y opinión, que por lo general son pocos». Fue apresado en la cárcel de Bellver en 1801 y no saldría hasta 1808.

El Jovellanos que sale de la cárcel se encuentra ante un dilema, el gran dilema al que debieron optar los ilustrados españoles después de marzo de 1808: el patriotismo o el afrancesamiento. Y optó, tras no pocas vacilaciones, por el patriotismo. Tenía sesenta y cuatro años. Todos tiraban de él. José Bonaparte le propone ser nada menos que ministro de Interior en el gobierno de los afrancesados, entre los que cuenta con grandes amigos. Los resistentes a Napoleón apelan a sus viejas raíces. Por fin se decide en su famosa carta a Cabarrús: «Yo no sigo un partido, sigo la santa y justa causa que sostiene mi patria [...] España no lidia por los Borbones ni por Fernando, lidia por sus propios derechos originales, sagrados, imprescriptibles, superiores e independientes de toda familia o dinastía. España lidia por su religión, por su Constitución, por sus leyes, sus costumbres, sus usos; en una palabra, por su libertad, que es la hipoteca de tantos y tan sagrados derechos».

Jovellanos fue convertido por los liberales en el referente moral, como presunta fuente de legitimidad para la guerra y para el constitucionalismo gaditano. La visión que nos dejó de él *lord* Holland es casi la de un santo: «Había demasiada bondad

en su semblante y maneras para transmitir a su compañía cualquier cohibición dolorosa [...] carácter límpido y mente filosófica, daban a la conversación un tono de formalidad y corrección, cual raramente se mantiene en el diálogo de una sociedad meridional». Traje oscuro, con aire clerical, alto, soltero. En realidad fue utilizado primero como víctima de Godoy para fustigar el godoyismo, y luego, en las Cortes, para vender el constitucionalismo entre los conservadores. Jovellanos nunca se enteró de por qué le querían tanto. Como suele ocurrir, lo consideró lógico. Jovellanos nunca fue propiamente un demócrata, sino un ilustrado receptivo, ególatra, conservador, reformista gradualista, temeroso del desorden, nostálgico de la primera España de Carlos III. Él mismo decía: «Nadie más inclinado que yo a restaurar, fortalecer y mejorar, nadie más reacio que yo a alterar». Quería «regenerar a España y elevarla al grado de esplendor de que una vez gozó y del que gozará a partir de ahora». Defendió radicalmente al individuo, soñó con una racionalización económica acompañada de un progreso cultural, una España asentada en la libertad económica y el consenso social con un Estado paternalista compensador de inevitables desigualdades. La soberanía popular, para él, era una locura. Sus prevenciones a los riesgos de la guerra civil fueron muy significativas. «¿Es por ventura mejor una división que arma una parte de la nación contra el todo para hacer su opresión más segura y sangrienta, o una reunión general y estrecha que hará el trance dudoso y tal vez ofrecerá alguna esperanza de salvación?» Esa «reunión general», no la pudo ver, pues murió en noviembre de 1811. Sin ser un liberal moderno, Jovellanos fue instrumentalizado como el avalador moral de los liberales. Murió lo suficientemente pronto para no decepcionarse más. Ni conservadores ni liberales acertaron a asumir cómo era. El cuadro que de él nos dio Blanco, desde luego, es quizás el más lúcido: «Su irreprochable conducta pública y privada en todas las etapas de su vida, la urbanidad de sus maneras y la clásica elegancia de su conversación lo convierten en un admirable ejemplo de antiguo caballero español. Pero a las virtudes y exquisitas cualidades de su carácter une muchos de los prejuicios característicos de su época. Así, al más apasionado apego a los privilegios y distinciones de la sangre añade una veneración casi supersticiosa a toda clase de formas externas [...] Quería restaurar las Cortes, pero más como una pieza de anticuario, con todos los ropajes del siglo XV, que en cuanto depositarias efectivas del poder». El propio Blanco lo considera como juez y hombre de letras, respetado y admirado por todos.

La decepción de los intelectuales con Godoy se intensifica después de 1805 y la batalla de Trafalgar. Trafalgar, fruto de la alianza coyuntural hispano-francesa contra Inglaterra, fue un desastre. España perdió diez de los quince barcos con los que luchó, con un total de 1.022 muertos, 2.500 heridos y unos 2.500 presos, del total de 12.000 españoles intervinientes, con la práctica desaparición de una generación de grandes marinos: Churruca, Alcalá Galiano, Gravina, aparte de los heridos Escaño, Álava, Hidalgo de Cisneros o Valdés.

El impacto emocional de Trafalgar se reflejó en la propia estela literaria que generó. La oda de Mor de Fuentes a la Derrota Gloriosa, los poemas de Arriaza, Moratín o Sánchez Barbero, todos ellos inmediatos al fracaso, son un buen testimonio de ello. Después vendrían los comentarios de Bohl de Faber en 1835, la exaltación liberal de Marliani en 1850 y naturalmente Galdós en 1873, sublimando todo este pensamiento en la imagen de una derrota con honor, estableciendo bien la diferencia de comportamiento entre los marinos mártires y una corte impresentable. Pero más allá del mito liberal de Trafalgar, la batalla tuvo consecuencias político-nacionales trascendentes: abrirá paso a la explosión antifrancesa. El enemigo ya no será la Gran Bretaña, sino el aliado de Trafalgar. Se metabolizó una percepción: la alianza con Francia sólo servía a los franceses y Godoy sería el culpable de casi todo.

Tras Trafalgar empieza a emerger una nueva promoción de intelectuales-poetas que a caballo de la poesía y de los debates entre la poética de Batteux y de Blair reasumen el discurso de los «filósofos» marcando totalmente la distancia con el último Godoy y el nuevo poder fernandista. Serán los últimos desengañados del godoyismo, pero serán también los que esgrimirán la alternativa liberal. La gran figura será Manuel José Quintana, quien no era virgen políticamente. En enero de 1796 había participado en el homenaje a Godoy del teatro de los Caños de Peral y había escrito un poema exaltando el éxito de la Paz de Basilea. Pero sería también el hombre de la ruptura literaria con el viejo régimen. Los levantamientos necesitan poetas que alimenten la autoestima y estimulen los sueños de cambio. Ese poeta fue Quintana. Era hijo de un funcionario del Consejo de Órdenes Militares y funcionario él también de la Cámara de Comercio. Compuso múltiples poesías multiuso, desde una dedicada a la invención de la imprenta a otra para Juan de Padilla. En 1807 publicó su *Vida de los españoles célebres* (Cid, Guzmán el Bueno, Roger de Lauria, Príncipe de Viana, Gran Capitán, Vasco Núñez de Balboa, Francisco Pizarro, Álvaro de Luna, Bartolomé de las Casas...). Como dramaturgo escribió *Pelayo* y *El duque de Viseo*. Godoy le nombró censor teatral en 1806. Fue un intuitivo que supo hacia dónde iba la literatura (hacia el Romanticismo) y creyó que la vida iba en la misma dirección. Él fue el que dio el salto cualitativo del intelectual irritado y negativo de finales del siglo XVIII al sublimador de una ilusión colectiva, escribiendo los manifiestos de la nación española en noviembre de 1808 con extraordinario éxito (9.000 ejemplares vendidos en cuatro días). Fue el predicador, el gran animador. Nunca logró, por cierto, ser elegido diputado en las Cortes de Cádiz. Vanidoso, retórico, visionario, confundiendo constantemente política y literatura, Quintana fue el contrapunto de Capmany, a quien odiaba y cuya verborrea fustigó con crueldad terrible. El uno era un madrileño imaginativo convencido de la fuerza de la poesía como motor del cambio en la opinión pública. El otro, un catalán amargado que sólo creía en la fuerza de la economía. Nada que ver entre sí. Los dos coincidirían en las Cortes de Cádiz, uno desde el optimismo histórico de estar protagonizando uno de los episodios épicos que tanto le gustaban, y el otro desde el pesimismo de largo recorrido instalado en la frustración. Dos opciones personales. Dos opciones políticas en el ámbito liberal.

Si Quintana era un recién llegado, Antoni de Capmany llevaba a sus espaldas todo el legado de la Ilustración con sus contradicciones. De familia austracista de Gerona, había estudiado filosofía en el colegio episcopal, en Barcelona, e iniciado una carrera militar que le había incluso desplazado a Portugal en 1762. Formó parte del círculo de Olavide hasta que éste cayó en desgracia. Adquirió cierto nombre en Madrid, siendo nombrado académico de la Historia (secretario desde 1790) y de la Academia de Buenas Letras de Barcelona. Filólogo e historiador, ha sido considerado el padre de la historia económica en España por sus célebres *Memorias históricas sobre la marina, comercio y arte de la antigua ciudad de Barcelona* (1779-1792). Fue un intelectual extraordinario y un político atormentado por considerarse poco querido. En 1808 jugó la carta patriótica con mucha retórica y fue diputado a Cortes por Cataluña. Murió en 1813 víctima de la fiebre amarilla. Desubicado, ejerció de catalán en Madrid fustigando la «ociosidad castellana», y de castellano en Cataluña con críticas al catalán como «idioma anticuado, provincial y plebeyo». Por último, ejerció de patriota español en Cádiz, el patriota más atípico. Los liberales españoles, después de su muerte, nunca le valoraron positivamente. La acusación de envidioso y extravagante fue su principal estigma. Cayó mejor entre los conservadores, que valoraron su radicalismo puritano. Juretscké murió mientras preparaba una biografía apologética del personaje. La historiografía catalana lo ha glosado acordándose sólo del Capmany anterior a 1808. Algunos historiadores catalanes, incluso piensan que murió demasiado tarde.

Los epítetos que se cruzaron Quintana y Capmany son de auténtico órdago. Quintana llamó al catalán «hipócrita, negro calumniador, asesino, pirata y salteador en el mundo literario, maldiciente, crítico superficial, injusto y maniático, mero practicón y casuista en gramática, ignorante en los verdaderos principios de la metafísica del lenguaje, ansioso de morder y despedazar, envidioso, dómine pedante, delator y hombre infame».

Y Capmany le reprochará la vanidad infinita, la ambición incontrolada, el falso patriotismo, la invención de una biografía *ad hoc*. Denuncia que es falsa la independencia respecto a Godoy y que Quintana había huido el 2 de Mayo de Madrid y que se había construido una red mediática de glosadores y admiradores insostenibles. «Se ha llegado a creer el presunto sabio de la nación, el escritor político de cuya pluma pende la opinión pública, el modelo de la oratoria, como antes se lo había creído de la poesía, el espejo del patriotismo verdadero, en el que deben mirar todos los españoles». Le acusa de que si se fue de Madrid o Sevilla fue por triplicar su sueldo como secretario de la Junta. «Este Aquiles de la literatura es sólo talón», dijo, y suplica que «no nos haga molestos los dulces nombres de patria y patriotismo repitiéndolos continuamente».

La tertulia de Quintana en Madrid con Arjona, Escosura, Gallego, Arriaza, Cienfuegos, Martínez de la Rosa, Meléndez Valdés... es la representación de la intelectualidad española que quería abrir nuevas fronteras. La imagen que pintó Capmany de la tertulia es bien visible de esa ruptura generacional, más que ideológica: poetas que se quitan las palabras unos a otros, clérigos haciendo la apología del suicidio o el elogio de la sodomía, contradictorias afirmaciones sobre la tiranía, murmuradores, espías, «pícaros tunantes», «pérfidos bribones»... Los primeros liberales. Muchos de ellos se habían formado en Salamanca. Su destino sería dispar.

Meléndez Valdés, un jovellanista débil de carácter, se haría afrancesado tras vivir atemorizado los motines de Asturias. Cienfuegos fue, en cambio, «quintanista». Dejó escrito que «al fin y al cabo sólo se muere una vez». Los franceses le deportaron a Francia en 1809 y murió muy pronto. La ideología de estos liberales no era tan radical como para exiliarse a la Francia revolucionaria, como había hecho Marchena. El año de 1808 representó su gran oportunidad histórica. La mayoría de ellos encontró el carro patriótico al que subirse y convertirían las Cortes de Cádiz en su momento de gloria. En su apuesta histórica dejaron detrás muchas cosas. Abjuraron de Godoy y las ilusiones de mecenazgo que en cierto tiempo albergaron. Enterraron a los viejos ilustrados compañeros de viaje. Capmany fue su mayor víctima. Se inventaron una revolución más retórica y poética que real. Casi todos acabaron siendo conservadores, porque fueron revolucionarios más de representación que de hecho.

Quintana fue inicialmente bien visto por Blanco White, aunque desde 1810 tuvieron graves diferencias políticas. Blanco le llamó «joven letrado, cuyos talentos poéticos, selecta cultura y variada formación lo hacen el primero de nuestros hombres de letras, así como su amabilidad y los elevados y honorables principios de su conducta lo convierten en inestimable amigo y en el más agradable de los compañeros». Lo contraponen a Moratín. Quintana, para Blanco, es el independiente. Moratín, el godoyista integrado. La realidad era más compleja. Quintana nunca ejerció cargos políticos importantes. Pese a que se ha escrito que fue secretario de la Junta Central, fue sólo oficial primero de la Secretaría de la Junta Suprema y secretario de la Real Cámara y Estampilla del Consejo de la Regencia. Sin embargo, fue la voz liberal por excelencia. Nunca se pasó al lado reaccionario como otros liberales. Poco después de haber sufrido cárcel en Pamplona de 1814 a 1820, en 1823 desliza un discurso justificativo en sus *Cartas a lord Holland* realmente aco-

modaticio. Subraya que los españoles buscaron, obviamente, los cambios políticos –«reformular nuestras instituciones políticas y civiles»- y rehuye, desde luego, el término «revolución». En cuanto a las Cortes, no pudo ser más ambiguo: «No es de mi propósito ahora el examen filosófico de esta obra legislativa. Defectuosa o no, la Constitución española no es para mí en este lugar más que una cuestión de hecho. Pudo ser mejor, pero también ser peor, pero ésta es la que se hizo, porque alguna había de hacerse». Volveremos sobre este punto más adelante, pero el Quintana revolucionario, diez años después, había perdido todo su fuelle. La historiografía posterior, desde Cueto o Valera a Derozier pasando por Azorín, han visto en él, con razón, más a un nacionalista que a un revolucionario. Durante la Década Ominosa perteneció al Estamento de Próceres y fue ayo de Isabel II, que le coronó en 1855 en el Senado.

La vanidad fue su principal referente vital. Su tertulia liberal madrileña se despedazó en 1808. La ruta del desengaño, en algunos casos, generó una auténtica desubicación. Ni integrados ni apocalípticos, ni siquiera desengañados: desorientados, desubicados. El más significativo de ellos fue Blanco White, un personaje en busca siempre de su identidad perdida.

Sevillano, nacido en 1775 en el marco de una familia de padre irlandés, descendiente de comerciantes emigrados a Sevilla y de madre sevillana, pertenecía a la baja aristocracia venida a menos. Siguió estudios con preceptor privado con los dominicos y luego en la Universidad de Sevilla, en las titulaciones de Teología y Filosofía. Sus grandes amigos serán Manuel María de Arjona, Félix José Reinoso y Alberto Lista, con los que constituyó una tertulia en el ambiente de la Sevilla ilustrada. En 1799 se ordenó sacerdote y tras varias oposiciones se hizo capellán magistral de la Capilla Real de San Fernando, en la catedral de Sevilla. En los años de la Revolución Francesa, Blanco hacía una vida de lo más ordenada, viviendo en una Arcadia feliz al margen de lo que le rodeaba. Lista y Reinoso también se ordenaron sacerdotes. En 1803 Blanco asumió una cátedra de Humanidades en la Real Sociedad Económica de Amigos del País. En 1805 se va a Madrid en plena crisis religiosa, y buscará la protección de Godoy. Capmany ironizó sobre él cuando asistía a la tertulia de Quintana, fustigando su señoritismo andaluz: «Tú no dices misa, tú no tienes coro, vas de fraque y botas al paseo, al café, al teatro, a los bailes, a las visitas a... cuando quieres. Pero ¿qué grillos te echó tu pobre madre?» Fue profesor del Instituto Pestalozziano (que dirigía Amorós) gracias a Godoy. Estuvo a punto de ser nombrado preceptor del infante Francisco de Paula. El Motín de Aranjuez y el 2 de Mayo cortarían drásticamente su existencia de godoyista complaciente. Vivió el 2 de Mayo atormentadamente: «No podía soportar la idea de ser llamado traidor por la gran masa de mis compatriotas, ni de vivir bajo la continua amenaza de ser una víctima más del acostumbrado espíritu vengativo y sanguinario del pueblo».

¿Qué hacer? Por lo pronto hizo lo que sus amigos: la huida al sur. Pero sus amigos se dividieron. Unos, como Lista y Reinoso, se afrancesaron, Los otros, con Quintana a la cabeza, se integraron en el bando patriota. El mismo Quintana quedaría al servicio de la Junta Central. De entrada, Blanco opta por los segundos. El *Semanario Patriótico*, que aparece en septiembre de 1808, publicará sus textos inflamados de militancia antibonapartista y de radicalismo tal que acaba molestando a la Junta, la cual cerró el periódico en agosto de 1809. Fustigaba a los egoístas «amantes exclusivos de sí mismos, que por la bajeza de sus pensamientos o por cálculos miserables y errados, separen sus intereses de los de la patria y piensan poder salvarse, aunque perezca ella». Él nunca supo lo que le convenía. En 1810 se embarca para Inglaterra. Allí publica artículos en *El Español*, que sacó 47 números entre 1810 y 1814. En el periódico publicaron artículos Jovellanos, Capmany, Martínez Marina, Martínez de la Rosa, Nicasio Gallego y Flórez Estrada. El objetivo

del periódico era «continuar exponiendo a la consideración de sus compatriotas los principios más puros de la sana filosofía, los mismos que con tanto boato hicieron resonar los franceses al empezar su revolución desgraciada».

Blanco desliza en el periódico todo su pesimismo, que es mucho. Su mensaje repetitivo es contundente: la revolución ha fracasado. Sus invectivas sentaron mal a todos, especialmente al optimista profesional que era Quintana. Arriaza fue enviado a Londres para denostarlo. Los diputados de las Cortes de Cádiz pedían literalmente su cabeza. Se derribaron así los pocos puentes que le unían a España. Las vacilaciones de Blanco fueron increíbles, pero se posicionó frontalmente contra los doceañistas de Cádiz, rechazando la Constitución de 1812 con argumentos contra el populismo hipócrita: «El bien y la libertad del pueblo consisten en la equidad de las leyes y no en halagar sus pasiones». Curiosamente él, que había criticado a Jovellanos, cuando muere éste en 1811 escribe una necrológica enormemente afectiva: «Infeliz del que después de haber empleado una larga vida en adornar su corazón con las virtudes públicas y privadas [...] se halla de repente en un mundo del todo nuevo, en que se le pide que empiece a merecer la opinión pública, sin que nadie sepa cuál es ni las reglas por que se guía». Tampoco lo sabía bien Blanco, como no lo sabe nadie. En cualquier caso, se hace jovellanista y seguidor de Burke. A partir de 1812 lleva a cabo su peregrinaje religioso al anglicanismo y de ahí pasará por múltiples confesionalidades. Murió en Liverpool en 1841. Enemigo feroz del fanatismo religioso español, crítico de la decadencia y la inutilidad social de la aristocracia española, crítico asimismo, y durísimo, de la tormentosa vida privada de Godoy –Seco le considera responsable de las fantasías que sobre la vida sexual del valido se han difundido–, Fernando VII le llegó a ofrecer el ejercer de espía sobre los exiliados liberales, lo que no aceptó.

La vía política de Blanco siempre fue muy suya. Nada que ver con el conservadurismo tradicional, pero tampoco con los doceañistas. Definía así el régimen político de la monarquía: «El despotismo español no tiene aquel carácter irritante y cruel que arrastra a un pueblo a la desesperación. No es la tiranía del negro cuyo látigo siembra deseos de venganza en el corazón de los esclavos. Es más bien la precaución del ganadero que castra al ganado cuya fuerza teme. El animal injuriado crece sin darse cuenta del daño, y después de una breve doma puede pensarse que incluso ha llegado a amar el yugo». Cuestionaba así la imagen que los liberales habían trazado del despotismo español, pero no se quedaba solo en la crítica política, sino que ahondaba en el ataque a una sociedad castrada que es capaz de amar el yugo. Un desubicado que no sólo cuestionaba el sistema político, sino que penetró como nadie en la crítica de la sociedad que lo sustentaba. Mantuvo mejores relaciones desde Inglaterra con los afrancesados que con los patriotas liberales: «Aunque odio a los franceses, quiero a los verdaderos amigos que he dejado [...] ¿Cómo puedo creer que aquellos que han sido modelos de hombría durante toda su vida, se hayan convertido de repente en malas personas?» Su desgarró respecto a España le vino sobre todo del lado religioso. Su singular patriotismo lo definió muy bien: «Me hallo presto a reconocer que no sentí esa especie de patriotismo que vuelve a los hombres ciegos ante los defectos de su país y los suyos propios. España, en cuanto cuerpo político, abatido miserablemente por su gobierno e Iglesia, dejó de ser para mí un objeto de admiración desde un periodo muy temprano de mi existencia. Nunca me sentí orgulloso de ser español, me sentía mentalmente degradado en mi condición de español, condenado a plegarme ante el más indigno sacerdote o lego que pudiera entregarme cualquier día a las cárceles de la Inquisición [...] Y, sin embargo, tengo patriotismo bastante para no quedarme con el partido francés, apoyado como estaba por los hasta ahora invencibles ejércitos de Napoleón, sino que tomé mi propio camino rodeado de peligros y dificultades [...] Nunca dudé por un instante de la justicia de la causa española ni justifiqué los procedimientos con

los que Napoleón se dispuso a provocar la sustitución de la dinastía española. Sólo puse en tela de juicio la conveniencia de un levantamiento popular. Pero desde el momento en que ese levantamiento ha tenido lugar efectivamente, había de defender la causa de España a toda costa».

Al final los intelectuales de la generación de 1808 chocaron ante el dilema planteado por Blanco: ¿Nación española o revolución? ¿Era compatible la apuesta por el progreso, por la modernidad del Nuevo Régimen que se abría en Europa, con la fidelidad a unas esencias nacionales que se identificaban con la monarquía del Antiguo Régimen? La alternativa de la elección entre una de las dos opciones creó infinidad de desgarros.

Los apocalípticos se diluyeron en el patriotismo emergente de 1808. Los reaccionarios encontrarían en la guerra el escenario ideal para la amortización de sus efusiones sentimentales, la oportunidad para la restauración de los valores de su España imaginada. Los visionarios acabarían integrándose fácilmente en la España del poder afrancesado junto a los integrados godoyistas. Entre la alternativa nación-revolución, los primeros apostaron rotundamente por la nación, mientras los segundos sacrificaron la nación en el altar de la revolución soñada.

Los integrados godoyistas, que no sabían dar un paso si no era a la sombra del mecenazgo oficial, pasarían del godoyismo al afrancesamiento sin transición. Fueron siempre posibilistas minimalistas. Creían, al optar por José I, que garantizaban unas conquistas sociales y culturales necesarias, al margen de cuestiones de legitimidad o procedimiento. Relativistas confesos, nunca se desengañaron, porque siempre fueron escépticos o pesimistas históricos. En cambio, los desengañados del godoyismo, más precoces o más tardíos, como Antoni de Capmany o Gaspar Melchor de Jovellanos, optaron por jugar la baza patriótica, y desde la patria se lanzaron a la construcción del constitucionalismo gaditano. En el transcurso de las Cortes, los más viejos acabaron quedándose en el camino y entonando el «no es eso, no es eso». Los más jóvenes, los liberales arquetípicos, con Manuel José Quintana a la cabeza, creyeron encontrar la gran solución a sus cuitas, la superación de los viejos complejos de soledad y subdesarrollo, la salida a su triste experiencia dialéctica con el poder, en el escenario de las Cortes, en el marco de un constitucionalismo fabricado sin la sombra del rey. No contra el rey, pero sí sin el rey. Creyeron ser libres, autónomos, independientes para construir una España en la que fuera posible la compatibilidad entre una autosatisfecha conciencia nacional y unos logros progresistas a la medida de los intereses de la burguesía de propietarios que ellos representaban y que reivindicaba por primera vez un papel en la historia de España. Salieron del desengaño con Godoy para ilusionarse apasionadamente con una España liberal, la España de sus sueños.

El balance gaditano no es una maravilla de conquistas progresistas. Fue el triunfo del reformismo. Cambios adaptados en todo momento a las peculiaridades nacionales e históricas de España. Su mayor esfuerzo radicó en la compatibilización nación-revolución, asignatura pendiente, desde hacía medio siglo. Momentáneamente se desacomplejó la identidad española de cualquier connotación reaccionaria. Progreso y nación parecieron conjugarse con todas las limitaciones y contradicciones internas. En cualquier caso se obligaría a la monarquía del Antiguo Régimen, a medio plazo, a acabar asumiendo que ya nada podía ser de la misma manera. No fue fácil. Hubo que pasar por no pocos calvarios previos. Antes, la generación de 1808 tuvo que quemarse por el largo camino de la historia.